

CARACAS CIUDAD MESTIZA

Oscar Tenreiro

I

Cada vez que tenemos la oportunidad de ver hacia acá desde fuera, dejando llevar el pensamiento hacia el origen de ese vago orgullo que sentimos en relación con nuestra manera de vivir, nos encontramos de nuevo con la idea (que como todo lo obvio, nos pasa desapercibida), de que una de las contribuciones Latinoamericanas a la cultura occidental, la más representativa de su intensísimo mestizaje, más poderosa, la que contiene los mayores aciertos y a la vez los mayores errores, es la ciudad. Una ciudad como Caracas, por ejemplo, está muy lejos de ser, como escribía no hace mucho un fotógrafo de arquitectura italiano, y como dice mucha gente en tono un tanto apresurado, una *Los Ángeles tropical*. Caracas puede seguramente recordar a Los Ángeles si se la vive como un turista que lanza miradas sobre algunas de las autopistas que cruzan la ciudad, pero allí termina la analogía. También puede recordar a Nápoles o a la Atenas moderna; y seguramente a dos o tres ciudades brasileñas. Pero Caracas es, sin la menor duda, una ciudad **única**. Ese adjetivo conviene analizarlo un poco. Algo único puede ser la soledad nocturna en los centros de algunas ciudades norteamericanas; o el nauseabundo olor de algunas callejuelas de Calcuta; o la severidad del nivel de contaminación de Ciudad de México. Único por su maldad, su fealdad, su degradación, su deterioro. Y muchas cosas de Caracas son únicas de manera muy similar: la delincuencia y la violencia asociada a ella que nos proporciona tantas muertes semanales como las de la guerra en Bosnia, los problemas de los servicios básicos y mucho más. No es de eso de lo que estamos hablando. Caracas es única en este lugar de un continente, en este tiempo histórico, como expresión en términos de arquitectura, de redes de comunicación, de patrones de movimiento y formas de convivencia, porque es *síntesis singular*.

Es verdad que hay una "personalidad" en toda ciudad, que la destaca respecto a otras y la califica como fenómeno o hecho característico, producto original de una

sociedad. Toda ciudad es una muestra de las formas de vida de la sociedad que la construye. Pero no necesariamente una muestra *representativa* de las complejidades de esa vida. Nos referimos, tanto a la capacidad que muchas ciudades tienen de ser como un resumen de lo más característico en sentido positivo o negativo de esa sociedad, como a la de evocar los rasgos geográficos del ámbito natural donde esa sociedad se desenvuelve.

Para que esto suceda deben coincidir muchos factores del orden más diverso, producto o no de acciones deliberadas. Factores que seguramente son en última instancia de tipo político o económico pero que están condicionados por muchos otros: sociales como la composición de su población; culturales como su papel en la evolución de pensamiento y el arte; geográficos, como su emplazamiento; históricos como el papel que le ha tocado cumplir en los grandes acontecimientos. Un denso conjunto de razones que son las que concurren para que esa ciudad resuma en un momento dado las energías creadoras, las destructivas, las coincidencias y las contradicciones de esa sociedad mediante una *forma urbana* (nos referimos a su trazado, a sus espacios públicos y privados, a su arquitectura) una organización social, dinámica, una presencia en el paisaje natural y en el espiritual de quienes viven en ella o han podido conocerla, que constituye en conjunto no sólo su *personalidad* en el sentido mencionado antes. Sino que la convierten en símbolo, ejemplo, referencia, centro; en última instancia, en producto cultural por excelencia de una sociedad.

Eso no tiene necesariamente que ver con la vida plácida, armonía, convivencia civilizada, nivel de vida. Porque si comparamos a Nueva York y Dallas, por ejemplo, no se trata de que Nueva York sea menos contaminada, armoniosa, planificada, socialmente equilibrada, ruidosa, sucia, agresiva que Dallas; sino que es una *experiencia* original, inédita, irrepetible, poderosa, contradictoria, monumental, compleja. No valoramos una ciudad a partir de estadísticas o con los criterios que figuran en las encuestas que miden la calidad de vida. La medimos por lo que nos depara como experiencia. En cada ciudad hay sin duda posibilidades de gozar de alguna de esas experiencias, pero hay pocas en el mundo caracterizadas por ser ellas, esencialmente, una experiencia excepcional: *única*. Hay ciudades que revelan

un aspecto de la experiencia urbana que no es posible vivir en ninguna otra ciudad de la tierra.

Esa experiencia no es sólo, ni siquiera sobre todo, una experiencia del paisaje natural. Porque no estamos hablando del paisaje que *puede percibirse desde la ciudad o desde la naturaleza que la rodea, que puede ser única*, nos referimos más bien a las peculiaridades de esa relación con el lugar, a la tensión que se crea entre la ciudad y el paisaje donde se encuentra, una experiencia de *oposición de contrarios*: lo natural vs. lo artificial.

En ciertas zonas de Caracas, en la parte alta de la falda del Avila (como hemos terminado por identificar a toda la cadena montañosa que señala nuestro norte) se ven como al alcance de la mano zonas boscosas, laderas que se proyectan desde el mismo tejido urbano hacia crestas que se elevan y se confunden con tupida jungla, con macizos rocosos verticales que nacen desde profundas hondonadas, haciendo contraste violento con la densidad y confusión de una ciudad siempre en movimiento a nuestras espaldas. La percepción lejana o cercana de ese paisaje es en Caracas asunto obligado. Entre Tacagua y el Junquito del lado oeste, hasta Petare en el Este; y entre el Avila y las estribaciones montañosas, en dirección a Antímano, hacia Hoyo de la Puerta y el Volcán. Desde todos estos puntos el paisaje está radicalmente dominado por el Avila. No hay sitio de este inmenso territorio que no tenga una relación visual con las enormes montañas y toda la topografía que de ellas deriva. A diferencia de lo que ocurre en otras ciudades de exuberante naturaleza en las cuales los suburbios o las márgenes son ajenos a los grandes gestos del paisaje que terminan disfrutando sólo los que pueden pagar las vistas o los que transitan por las zonas escénicas. En Caracas casi todos disfrutamos de la presencia permanente de un poderosísimo norte que es también la ciudad.

Pero no es ésta la única oposición que caracteriza a Caracas. Hay otra, la que resulta de la confrontación permanente de dos modos de vivir, que se muestran uno al otro en forma tan radical porque la ciudad se lanzó a cumplir su papel de capital de una manera inédita, sin precedentes, desconocida hasta el momento histórico

en que ella misma se convirtió en ejemplo al pasar de cien mil habitantes a cuatro millones en cuarenta años, en forma tan vertiginosa que nuestros recuerdos de niñez ya parecen engañarnos. De ser sede de las instituciones de una sociedad rural modestísima y agotada en sus estrechos límites (ciudad-remedo-caricatura guzmancista) propicia escenografía para el juego institucional típico de cualquier *república bananera*. Quiere ser avanzada culturalmente como lo es toda capital de una sociedad que es resultado de una explosión que a veces nos parece inventada, que nos hace pensar en absurdos históricos. Cuyas carencias y conflictos justifican ante nuestros ojos de hoy fracasados sueños de integración que acaso se originaron en una visionaria anticipación del extraño vacío que habríamos de padecer si no intentábamos ensanchar nuestra idea de nación. ¿Porque no era precisamente el sueño de la gran Colombia de nuestro héroe, un reconocimiento de que nuestras limitaciones y fragilidades como sociedad habrían de llevarnos a las crisis que nos han caracterizado?

Si, rompe todos los esquemas esta ciudad. Y los rompe, entre otras cosas formándose, como podía esperarse en cualquier caso similar, contra todas las posibles reglas. Porque sencillamente, esas reglas no existieron. Y no nos referimos a las de la planificación, porque esas, contrariamente a lo que se cree, sí han existido; sino al marco jurídico que evitaría que fuesen violadas; o la normativa que regularía aspectos del comportamiento público, reglas que nunca quiso establecer el sistema político porque se hubiera revertido en su contra, limitando su capacidad de utilizar en provecho de sus aspiraciones de poder la desordenada forma de vivir en ciudad o la presión por establecerse en cualquier vacío de los contingentes humanos que a mediados del siglo veinte produjeron la súbita ampliación de los límites de la ciudad.

Y es que cuando Caracas apenas había llegado al millón de habitantes, caemos los venezolanos bajo la ilusión (producto seguramente de otras ilusiones, entre ellas la ilusión revolucionaria) de una democracia que debía quebrar lanzas sobre todo y ante todo a favor de los humildes. Una ilusión que sirve de apoyo a un Estado que no hace nada, por omisión o decisión, para controlar el vertiginoso proceso de

expansión de la marginalidad producido por la migración desde las periferias inmediatas hacia una ciudad que parecía prometer mejores condiciones de vida. Se *urbanizan* precariamente partes importantes de los espacios disponibles señalados como *zonas de protección o zonas verdes* en los Planos Reguladores; terrenos baldíos o privados semiabandonados. Las autoridades se hacen oficialmente ciegas (aunque lo apoyan o estimulan entretelones) ante el proceso de mayor importancia por su alcance social, de nuestra tradición urbana, el de la fundación y estabilización de lo que se ha llamado la *ciudad informal*. Una especie de superposición, aceptada por la vía de la omisión, pero aceptada al fin, sobre el organismo de la ciudad formal. Surgen nuestros *barrios*, no sólo en todas las colinas, sino en las quebradas, terrenos libres, recodos, al lado de zonas residenciales de altos ingresos, de centros de oficinas, en las áreas residuales de autopistas y avenidas; todo, no lo olvidemos, al abrigo de una ideología política que sostenidamente crece en las conciencias de la dirigencia política y social, la del *populismo*, que se va arraigando en todos los espíritus. Una ideología que junto a todas las prácticas que han terminado por degradar nuestras instituciones sentó las bases para una actitud ante el fenómeno que fue como un subsidio inconsciente -más bien apoyado en la inconsciencia- a la búsqueda de oportunidades de trabajo en las grandes ciudades venezolanas y de modo muy señalado en Caracas. Porque estimuló una permisividad como bondadosa, carente de dirección, de algún modo solidaria, que prefería no ver, dejaba hacer, regalaba materiales de construcción o pintura verde o blanca, instalaba redes de servicios cediendo a cada oleada de peticiones, estimulaba por muy diversas vías la consolidación de la vivienda. Siempre buscando, claro está, perpetuar privilegios políticos y manipulaciones de poder, evitando la discusión abierta y sobre todo el compromiso en torno a tan intensa movilización humana, sacando del debate el tema, que nunca ha figurado -cosa más que insólita- en la agenda política.

Y el resultado de más de tres décadas de este extraño juego de estímulo y desestímulo sumado al crecimiento inexorable de un tipo de asentamiento urbano para el cual no tenía respuesta posible una dirección política demasiado

comprometida con el juego de tomar el poder, son hoy las llamadas áreas marginales de Caracas, los barrios.

Los barrios son un tipo de asentamiento urbano perfectamente coherente con las tendencias generales de expansión del resto de la ciudad y de su economía en una sociedad carcomida por todos los desequilibrios, tal como se han encargado de decirlo especialistas de la sociología y la economía. Áreas marginales que han revelado la capacidad de hipocresía de nuestro liderazgo político y social. Porque se habla de ellas como de un problema más, cuando es el *primer* problema en todas las ciudades venezolanas; siendo tal vez el único verdaderamente prioritario. Porque figura en la escena de las inversiones sociales siempre disfrazado como carencia de servicios cuando se trata ni más ni menos de un enorme esfuerzo de consolidación urbana. Porque al destino de las áreas marginales se une el destino del control de una delincuencia devastadora en una ciudad como Caracas. Porque se deja todavía prosperar en la opinión pública la ilusión de hacerlas desaparecer mediante una imposible política de *tabula rasa* que no podría aplicar ni siquiera un gobierno totalitario. Porque las áreas marginales son también la cara más visible de nuestro activísimo proceso de mestizaje y por ello mismo no pueden seguir siendo tratadas como un problema de trastienda sin como un tema esencial a la formación de nuestra tradición urbana.

Crece así, a la vez, manteniendo entre ellas una precaria y muy especial armonía, dos formas urbanas, una que sigue -y viola a tono con la especulación- normas y regulaciones que van imprimiendo a lo largo del valle un tono de desaliño medianamente civilizado; y otra que no se ajusta a ninguna, que irrumpe con estridencia y que actúa siempre empinada en las colinas, como escenario de referencia o comparación. Coexistencia próxima, inmediata, peculiarmente democrática, de dos maneras de vivir la ciudad sin que ninguna de las dos sea realmente la que pueda decir la última palabra. Lo cual puede llevarnos incluso a dudar de aplicar el nombre *marginal*, porque ya hoy ambos polos de la oposición, tanto la ciudad formal como la informal, tienen un respaldo que pudiéramos llamar histórico; en magnitud son perfectamente comparables y ninguna podría subsistir

sin la otra. Incluso, en algunas zonas como el Municipio Libertador y el Municipio Sucre, lo informal se impone por su magnitud y vitalidad. Y hasta podría decirse que se invirtieron los papeles y la ciudad marginal es solo periferia en el sentido geografico pero está muy lejos de serlo en el sentido social. Lo marginal y periférico pasa a ser esencial y central.

Este juego dialéctico de orden social pero también de orden espacial (basta ver cualquier fotografía de *impacto* como la típica del Caracas Hilton con La Charneca al fondo para darse cuenta de lo que queremos decir con *espacial*) es lo que le imprime a Caracas su carácter fronterizo. Ya observado por Mariano Picón Salas en sus tempranos ensayos sobre la Caracas de los cuarenta.

Fronteriza en esos años en el sentido de ser como el lugar donde se hace un alto antes de pasar a *otro lado*, a una Venezuela que iba naciendo, que se iba formando, un lugar de preparación o despedida y por eso mismo de actividad febril, un lugar de encuentro de quienes vienen de distintos lugares y se preparan para el avance. *Fronteriza* hoy tal vez por razones similares pero también porque ella misma es escena de encuentro de dos modos de vivir. Porque en ella se da, como si de una frontera se tratase, un permanente mostrarse de lo marginal frente a lo formal; de lo que no puede ser clasificado frente a lo clasificado; de lo descarnadamente humano en su opulencia y desfachatez; de lo que nos recuerda nuestra condición rural frente a lo que presume de ser solo urbano; de lo que quiere ser actualizado, al día, cosmopolita y civilizado, frente a lo que se muestra como regresión, atraso, provinciano y hasta primitivo. Se miran frente a frente los dos polos de una sociedad en plena formación; un mirarse que es también, como decíamos en relación al paisaje, borde, frontera, espacio para todos los estímulos. No es una guerra, a pesar de que haya habido momentos bélicos. Podría serlo pero más parece, más se caracteriza, como una convivencia siempre difícil entre *los de aquí y los de allá*. Sorprendentemente permeable, que no reconoce separaciones demasiado precisas al menos en cuanto al uso de la ciudad, porque todos podemos percibir hasta que punto (por ejemplo a raíz de la puesta en marcha del Metro que hizo igualmente accesibles el Este y el Oeste), los habitantes de la ciudad informal están ahora

presentes en todas partes, eliminando el carácter excluyente que en el pasado tenían ciertas zonas.

Casi todas las grandes ciudades norteamericanas, por ejemplo, tienen sus ghettos, que son las zonas deterioradas de lo que fue una vez ciudad y se fueron entregando a las minorías raciales. Pensemos en Harlem, en el cinturón externo del centro de Chicago, grandes extensiones condenadas a una especie de eterna agonía. Donde nada parece ser posible para rescatarlas en el país económicamente más poderoso de la tierra. Es parecido al deterioro de ciertas partes de Santa Rosalía o San Juan, o algunas de Altagracia, zonas de las que huyó la clase media y donde ha habido una expectativa de desarrollo en grandes torres estimuladas por una Ordenanza que ha demostrado su incapacidad para promoverlo. Ordenanza que sólo ahora se propone sustituirla por otra capaz de corregir esas tendencias. Desarrollo que no llegó, ausencia que favoreció los usos degradados: depósitos, hoteles de mala muerte, pensiones, *casas de vecindad* obtenidas mediante la subdivisión de la propiedad original. Así se conforman enclaves del abandono y el deterioro. Sin embargo, no es tan así en nuestros barrios caraqueños. En ellos la vivienda no estaba hecha de acuerdo a patrones y standards que sufrieron disminución, sino que la vivienda nació como campamento que ha ido evolucionando hacia la estabilidad. Ha sido en general, aunque sin duda con excepciones, un proceso continuo de mejoramiento a partir de una fundación precaria. Aunque hay aquí y allá por ejemplo sectores separados por nacionalidades, se mantiene sin embargo un intercambio activo entre colombianos, ecuatorianos, peruanos y venezolanos. En definitiva, nuestras áreas marginales muy poco se parecen a los ghettos raciales norteamericanos, lugares en decadencia y deterioro irreversible, nuestros barrios son pedazos de ciudad que exhiben una dinámica de cambio hacia el mejoramiento y la búsqueda de una integración con la ciudad formal.

En Caracas, finalmente, la oposición *ciudad formal-ciudad informal* es inseparable De cualquier imagen que de la ciudad podamos hacernos. No es algo que hay que descubrir con cierto esfuerzo. Es como una visión estereoscópica: un ojo percibe lo

informal, otro lo formal y ambas imágenes se funden en una sola: la percepción *espacial* de nuestra sociedad.

Visión que no sólo tiene que ver con dos tipos de espacio urbano, sino con el movimiento de la ciudad, el entrecruzarse de sus habitantes, los comportamientos de las personas. En cualquier rincón de la Caracas pública (que no es sólo la visión del automóvil, acaso la que percibimos de modo principal si no usamos transporte colectivo), nos encontramos sumergidos en un mundo de impresionante multiplicidad visual, social, también cultural y por supuesto racial, que incluye ingredientes mucho más disímiles que los del supuesto *melting pot* estadounidense que con tanto ha sido evocado. Es el mestizaje venezolano.

No es posible esconder esta realidad porque las *zonas de exclusión* caraqueñas son más bien las áreas residenciales, como es en realidad inevitable; y algunos *Malls* (o Centros Comerciales). Porque a pesar de que algunos hayan usado, y entre ellos dos o tres de mis colegas, el socorrido concepto anglosajón de que los Centros Comerciales son la sustitución de las plazas públicas, en Caracas los centros comerciales son en realidad los ghettos de la clase media con algún poder de compra. Y no sólo no sustituyen a las plazas sino que se respira en ellos un ambiente de *club privado* que esconde lo que ocurre en el resto de la ciudad. Nuestras calles y plazas (estas últimas desgraciadamente muy pocas), no cabe duda, están pobladas por una muestra más que representativa de todos los que habitamos en la ciudad. En Manhattan por ejemplo, usted puede caminar a lo largo de ciertos ejes, ciertas calles y ciertas avenidas y sólo de vez en cuando encontrarse con alguien que pudiese parecer extraño, ajeno, antagónico, al os enormes edificios corporativos. En Caracas en muy pocas, si alguna, de sus principales arterias comerciales o de oficinas puede decirse algo parecido. Es lo que ha hecho a algunos hablar de Caracas como una ciudad radicalmente democrática ¿tal vez lo contrario a lo que estamos acostumbrados a pensar?

Vayamos por un momento a los conceptos.

Menciono el principio propuesto por C.G. Jung de la posición de los contarios como origen de toda energía psíquica. Un concepto aplicable a los fenómenos

psicológicos pero que bien podríamos proyectarlo hacia lo visual y espacial y por supuesto, hacia lo colectivo. Y dejemos correr el pensamiento. Decimos entonces, luego de este rápido ejercicio descriptivo de lo que la ciudad nos muestra, que la virtud más esencial de Caracas es la de hacer estridentemente visible dos particulares formas de oposición de los contrarios, dos díadas: *ciudad formal-ciudad informal* y *paisaje natural-paisaje construido*. Los efectos de estas dos poderosas oposiciones seguramente impregnan la personalidad de todo hombre de esta ciudad, dos oposiciones que, siguiendo a Jung, son de por sí un estímulo para nuestra psique personal y colectiva, y además representan el marco de una *única* experiencia urbana. Una experiencia *barroca* en el sentido en el cual describe el barroco Alejo Carpentier. Barroca precisamente por su dinamismo, su complejidad, sus contradicciones, su capacidad para generar nuevas síntesis, invención, saltos de la imaginación. Complejidad y Contradicción del barroco sudamericano es el título de un capítulo de Picón Salas escrito en 1941, treinta años antes de que Robert Venturi acuñara el término hablando de la arquitectura del período barroco. Y mencionemos también el concepto, o más bien la analogía que puede establecerse entre Experiencia y Cultura. Que le oímos por primera vez a Kenneth Frampton, el crítico de arquitectura inglés, residente en los Estados Unidos; y que Hans George Gadamer, el filósofo alemán, lleva hasta Platón con estas palabras: "... *Despertar en nuestro pensamiento lo que ya existe de verdad en nuestra experiencia del mundo vital y en su acervo lingüístico fue comprendido por Platón como la misión de la filosofía y por ello llamo reconocimiento (reminiscencia) a todo conocimiento. Pero el reconocimiento no es la mera repetición de un conocimiento, sino "experiencia" en el sentido más verdadero de la palabra, un viaje en cuyo destino se funde lo conocido y lo reconocido en una **sabiduría perdurable...*** (negritas nuestras)¹

La sabiduría perdurable no es otra cosa que la Cultura, y por eso podemos decir que sí, en Caracas se viene gestando una *experiencia urbana única*, Caracas es un *fenómeno cultural único*, con todo lo que eso significa en un sentido universal. Lo

¹ De la conferencia-ensayo "Ciudadanos de dos mundos" incluido en el libro "La Herencia de Europa"(Ediciones Península, Barcelona 1990).

es de manera similar a como lo es cualquier ciudad, pero en ella se dan condiciones de carácter excepcional que acaso somos incapaces de entender en todas sus consecuencias. Pero si así la entendemos, tendríamos entonces que, como personas reflexivas que aspiran a comprometerse con esa dimensión de la ciudad, explorar lo que pudiéramos llamar *la extensión y el espesor de ese fenómeno cultural en toda su singularidad*. Esta ciudad es, tal como la definimos hace más de veinte años en ocasión de una exposición, un reto². Y a la vez un patrimonio de extraordinario valor, a condición por supuesto, y esto es de la mayor importancia, que sepamos entender el verdadero alcance de lo que significa ese patrimonio.

² La organizamos para el Colegio de Arquitectos en 1971 y se llamó "Carcas ciudad reto" nombre debido a Adriano González León.

II

Para cualquier persona del mundo del arte lo que acabamos de decir tiene muy diversas consecuencias. Para nosotros como arquitectos tiene otras muy precisas. Porque somos nosotros sobretodo, por el hecho de practicar un arte, el de construir, que está estrechamente comprometido con la acción política sobre la ciudad, los que estamos obligados a proponer pautas que preserven la integridad de la dimensión cultural de la ciudad *como experiencia construida*. A los poetas, a los músicos, a los pintores, a los cineastas, les corresponden otros aspectos de la reflexión. A nosotros, no en forma excluyente desde luego, la que se refiere a la arquitectura de la ciudad.

Y lo que digamos a este respecto tiene que ser en forma de grito, tiene que expresarse en términos de la mayor urgencia para lograr traspasar los muros erigidos por una política populista que no ha comprendido lo que significa la urbanización del espacio venezolano. Es como si le pidiéramos a todos los sectores de liderazgo hacer el esfuerzo de *reconocimiento* de lo que significa Caracas como experiencia construida, adquirir una cultura que les imponga obligaciones.

Hemos dicho en otra parte que si hay algo que debería ocupar un lugar central en la acción de un Ministerio de la Cultura sería el proceso de creación de opinión e torno al valor cultural de la ciudad, pero no como lugar donde se realizan *actos culturales*, sino por lo que ella misma significa como producto de una cultura. Eso es tanto más importante cuanto que en países como el nuestro no existe una tradición urbana. No sólo porque la ciudad informal y la expansión demográfica en cierta manera han distorsionado la frágil tradición que heredamos, sino porque la mayor parte de todos los habitantes de nuestras ciudades son gentes venidas del mundo rural o de una escena urbana disminuida. Que es la del caserío, del villorrio o de una ciudad cuyo pasado es demasiado precario y se confunde con la historia de algunas casas y algunas plazas. Parece existir en todos los niveles de la sociedad una falta de referencias claras respecto a lo que se debe exigir al estado como acción visible en términos de la calidad de la arquitectura y el espacio público. Y es por ello que si en Venezuela hablamos de la necesidad de la educación como

una prioridad, dentro de ese esfuerzo educativo debe incluirse la necesidad de llenar el vacío de imágenes urbanas, la falta de referencias dignas de una ciudad constituida en función de la perdurabilidad. Se impone *superar la falta de conciencia sobre lo que pudiéramos llamar el papel totémico que una ciudad y sobre todo una capital cumple ante todo un conglomerado social*. No tenemos que edificar en Caracas para cumplir con la pequeña mentalidad de un alcalde, una Junta Parroquial, un Ministro y hasta un Presidente, sino para un habitante al que aspiramos conectar con la idea de *civitas*, de civismo, de ciudadanía. Construimos, deberíamos construir, también como símbolo, como mensaje, como llamada hacia un futuro que nos superará, que rebasará todas las absurdas pequeñeces que hoy sumergen en la mediocridad cualquier debate. Y además teniendo en cuenta algo muy importante: en función del papel que toda ciudad cumple como rostro visible, de una sociedad. Y si hablamos de Caracas, no podemos olvidar que ella *representa* a Venezuela, quiérase o no.

Hacer de esta noción de la construcción de la ciudad una compartida por todos los que aquí vivimos es una meta fundamental. Y no se logrará con facilidad. Porque la mentalidad que prevalece en las dirigencias parece incapaz de remontarse por encima de las urgencias, que son con frecuencia elementales como consecuencia de la forma como se ha producido nuestro crecimiento y por la incapacidad generalizada para entender las implicaciones del crecimiento urbano. Seguimos tratando la ciudad como un olvidado caserío, afectados como estamos por una noción sobre las exigencias de la ciudad formal nacida de las carencias de la *marginalidad*: una especie de mala conciencia que se opone a una visión ambiciosa de lo que la ciudad exige, en nombre de las ingentes y elementales necesidades de la ciudad desasistida y abandonada a sí misma. Una idea, por cierto, consustancial al populismo. Porque si hay un rasgo que caracteriza al populismo es el de ver la política como un simple ejercicio de satisfacción de las necesidades sentidas (apariencia, emergencia, inminencia) y no de las necesidades reales. El populista jamás entenderá el conocido proverbio chino que dice: *Regala un pescado a un*

hombre y le darás alimento para un día, enséñale a pescar y lo alimentarás para el resto de su vida”

Pero el populismo no es en Venezuela un mal localizado, es una enfermedad de la sociedad. El populismo en todas las mentalidades es el resultado de un crecimiento físico que nunca estuvo apoyado en estructuras sociales medianamente estables. Cuerpo de hombre y cerebro de niño podría ser el símil adecuado.

Ayuda en este punto hablar someramente de nuestra estructura social.

Comencemos con la aristocracia porque ese sector social puede caracterizarse, más que ningún otro, por el desinterés respecto a lo personal y la idealización de lo colectivo. Hay muchísimos ejemplos en la historia, mas para nosotros, Bolívar, Miranda y por supuesto Sucre, son ejemplos claros. Sin embargo luego de la independencia lo que quedó de la aristocracia perdió presencia y control, para bien y para mal, de los mecanismos del poder, hasta llegar a ser una especie de vestigio del pasado con una debilidad que pudiéramos llamar ideológica, para no calificarla de espiritual, tal vez producto duradero de la casi aniquilación sufrida durante la guerra que redujo su vigencia en el debate público y sumió a muchos de los sobrevivientes a una papel secundario o ausencia ante los acontecimientos, que no tiene precedentes en Latinoamérica. El ejército, que ha sido históricamente en todo el mundo una suerte de aristocracia, diezmado por e impacto de la guerra de la *emancipación* y condicionado por el atraso económico, se forma entre nosotros a la sombra de caudillismos rurales erigidos sobre un país semidestruido. Se formaliza académicamente bajo un dictador y lejos de representar un cierto tipo de institucionalidad, a la manera de Perú, Colombia, Chile, Argentina o Brasil, ha impulsado más bien una vuelta al primitivismo y la simpleza rural del caudillo. Y de eso tenemos ejemplos recientes. La Iglesia por su parte, parece también escasa de tradiciones, separada del pasado fundador, cortada hasta hace muy poco de sus raíces nacionales e invadida por una tutela extranjera que parecía, lo recuerdo de mi niñez, prolongación odiosa del colonialismo. Sólo hace muy poco, desde Vaticano II, Puebla y Medellín empieza a hacerse sentir en el corazón de nuestra sociedad. La muy poco importante clase media, vivió empobrecida y en condiciones

de simple subsistencia hasta el surgimiento de la economía rentista. Nuestras instituciones educativas y jurídicas siempre han sido precarias e insuficientes, carcomidas por la corrupción y un sindicalismo chato y expeditivo. Y por último la persistencia de mentalidad rural en las clases más desasistidas sumada a las consecuencias de la esclavitud o la servidumbre en una peonada semisilvestre que medra en un campo improductivo e insalubre, es referencia psicológica muy cercana que llega con frecuencia hasta nuestros abuelos.

En este contexto social y cultural ha surgido, al calor de la invasión aceleradísima de la modernidad en brazos del dinero petrolero, dinero fácil no trabajado, una manera de entender la ciudad como el medio de saciar necesidades de las más elementales. La ciudad no es ámbito que exige, modula conductas, educa, plantea el difícil esquema del premio y castigo al estilo de lo que fueron las grandes ciudades europeas como reservas de una cultura ciudadana; no, la ciudad es para el que viene a ella desde su dificultad rural, escenario para acogerse al paternalismo del estado populista, al de la clase media que necesita servidumbre, de una industria que apoya su ineficiencia en una mano de obra barata, y al muy novedoso paternalismo de la democracia: el del partido político que provee y vela porque el *compañero* sea ayudado. Por eso nuestra política urbana, que es en realidad, ya es tiempo de que lo reconozcamos, en cierto modo *La Política*, ha estado siempre impregnada de un sentir populista, de *reivindicación permanente* para superar las cargas de la escasez.

Esa suma de populismo político y de populismo espiritual se convierte en la mayor dificultad para entender las responsabilidades que acarrea la convivencia entre las dos formas de vivir la ciudad. Porque lo *primitivo*, lo que vendría a ser el componente regresivo de esa mirada a la ciudad desde la situación de la *marginalidad*, se ha apoderado sólidamente de la percepción que tenemos de ella. Hay muchos ejemplos que serían suficientes para avergonzarnos, tan disminuidos parecen a veces los niveles de la acción pública en Caracas y lo que parecen exigir los caraqueños. Son tan escandalosamente ineficientes gran parte de los servicios de la ciudad que terminamos por celebrar cuestiones que harían enrojecer a un

ciudadano, no de Nueva York o de Munich, sino simplemente de Buenos Aires o Sao Paulo. Como algunas placitas hechas por las alcaldías, como los jardines adornados con *escombros*, como los faroles de pacotilla, como las aceras o brocales que parecen contruidos con plastilina, tan mal hechos e irregulares son, como la recuperación de áreas residuales que consiste en tres latas de pintura y un cartel festivo. Es un modo de actuar en una ciudad de cuatro millones de habitantes que resulta incompatible con una visión integral del fenómeno urbano. Y ha sido esa persistente presencia de lo primario, de lo básico, lo que ha terminado por afectar a todos los espíritus llegando a convertirse en *ideología*. Una ideología que en cierto modo prescribe la inacción. Le da valor a lo que no tiene consecuencias perdurables, al efectismo de lo inmediato, de lo fácil.

Y convertir a la ciudad como hemos dicho, en experiencia, en experiencias porque el plural se impone, como la literaria-poética, la visual que aporta el arte, la vivencial y social de quienes luchan a favor de la vida en comunidad, e incluso en lo espiritual, no puede olvidar que junto a todas ellas y con particular importancia está la de construir. Que es compleja y va, no sólo desde la provisión de redes de servicios de todo tipo, sino que incluye la dotación de sedes institucionales, la apropiación y configuración del espacio público de distintas escalas, el apoyo y el estímulo a la adquisición y mejoramiento de la vivienda y la adecuación de un ambiente físico apto para el trabajo. Una tarea múltiple que invita a recordar lo que dijo hace pocos años aquí en Caracas Claudius Petit, ex Ministro de la Reconstrucción en Francia quien cumplió un papel esencial para la construcción de la Unidad de Marsella de Le Corbusier medio siglo atrás: "*Todo acto político se manifiesta en el dominio de lo construido*". Lo que equivale a decir, con todas sus consecuencias, que sin construcción *en y de* la ciudad en la amplitud que hemos resumido podría llegar a decirse que no hay política que merezca ese nombre. Aspiramos que lo entienda la democracia venezolana.

III

La diada ciudad-paisaje es consustancial a todo fenómeno urbano. Ya nos hemos referido a ella como una particularidad de Caracas. El ciudadano la hace consciente sobre todo en el espacio público, donde se hace vivencia al alcance de todos, vivencia democrática. El espacio público la ofrece, la sustenta, la convierte en memoria colectiva.

Hay espacios públicos en nuestra ciudad que dan esa respuesta, que pertenecen a nuestro patrimonio colectivo. Uno de ellos es la Ciudad Universitaria de Caracas; otro el Parque del Este. La Ciudad Universitaria resume la ambición de un momento histórico, el deseo de lanzar a un país hacia un liderazgo; un gesto apoyado en el dinero fácil, quien podría dudarlo, pero por otro lado también en el talento y la honestidad de hombres especiales. No basta en el caso de la Ciudad Universitaria nombrar a Villanueva y a Luis Damiani, sus artífices, sino a la capacidad que tuvo el dictador de entonces para *dejar hacer* lo que no era su obra (porque el gobierno de Pérez Jiménez recibió el Proyecto del de Rómulo Betancourt). La Ciudad Universitaria es la mayor obra de arte, no por su magnitud sino por su valor en el arte universal como Arquitectura, como pedazo de ciudad, que podemos mostrar los venezolanos. El Parque del Este, con Carlos Guinand Sandoz y Roberto Burle Marx en una asociación *única*, apoyados sin restricciones por otro líder que dejó hacer sin que fuese su obra (porque el gobierno de Rómulo Betancourt recibió el proyecto de Pérez Jiménez), producen un parque urbano que es lugar privilegiado. Y junto a estos dos ejemplos les propongo a ustedes otro que les parecerá extraño: *el espacio público longitudinal, percible sólo desde el automóvil, que conforman los grandes ejes de circulación rápida que cruzan a través de las zonas más densamente pobladas de la ciudad*. Por el hecho de coincidir con el curso de los ríos que cruzan el Valle de Caracas, forman una franja de protección, un espacio despejado que permite realizar un *único* recorrido visual, una *panorámica* de la totalidad de la estructura urbana, algo que en muchas ciudades está semioculto, debe ser descubierto. Es una lectura de la ciudad que, por ejemplo en un domingo en la mañana, sin los atascos del tráfico, nos muestra en un recorrido de treinta

minutos el ámbito donde viven casi cuatro millones de habitantes, recorrido que adquirirá su remate final con la necesaria conexión de la Cota Mil con la autopista a La Guaira. Lugares de ese recorrido, determinados también por condiciones naturales, tienen un carácter realmente espectacular, como el ensanchamiento de la Plaza Venezuela, coincidente con la confluencia de los Ríos Valle y Guaire, que es uno de los espacios de Caracas donde se experimenta la *monumentalidad*, tan escasa en el resto de la ciudad. Allí la mirada puede lanzarse en todas las direcciones constituyéndose cada una de ellas en un tipo de *celebración* del vínculo entre naturaleza y ciudad, siendo aquí lo artificial-poderoso la vialidad y las masas construidas anónimas, cuya impresionante presencia se siente sobre todo en la perspectiva que se divisa desde el puente que vincula la Ciudad Universitaria convertido así en especialísimo y poco acogedor mirador, una función que debería ser reforzada. Es una vivencia del espacio urbano que lo lleva a uno a lamentar que el Edificio Rental de Villanueva no se hubiese construido. Y a lamentar aún más que se haya propuesto para la Zona Rental un esquema de desarrollo volcado hacia adentro, como sumergiendo el espacio abierto en la Arquitectura comercial que allí se construiría, en lugar de insistir en la noción de plataforma, balcón, terraza que pudo haber sido la plaza aérea que Villanueva había propuesto en su esquema. Otro ejemplo de cómo lugares comunes heredados de debate europeo, se convierten en obstáculo para comprender las cualidades espaciales de las situaciones urbanas americanas.

De estos tres logros (Parque del Este, Ciudad Universitaria y *mirador* de la Plaza Venezuela), uno es *casual*; no es producto de una voluntad que pudiéramos llamar arquitectónica sino resultado de necesidades técnicas, y los otros dos son voluntarios. Podríamos nombrar, para sumarlo a estos últimos, a La Nacionalidad y Los Próceres de Malaussena, arquitecto académico que allí sin duda acertó al abrir espacio público cuyo valor urbano supera con creces el carácter ajeno -por lo puramente escenográfico- de la estatuaria que allí se insertó.

Pues bien, hoy se trataría, en 1995, de conectarnos de nuevo con el aliento que caracterizó la acción sobre la ciudad en la década de Pérez Jiménez. Es asombroso

oír, como tuve la ocasión hace algunas semanas, al anciano exdictador hablando con precisión de sus planes para Caracas. Porqué no ha sido posible que un presidente democrático nos hable con parecida precisión? ¿Cuál es el pudor que impide abrigar proyectos ambiciosos para la capital de un país que está llamado a un futuro que *tiene* que ser ambicioso, y que por ello mismo está obligado a separarse de los problemas pequeños, sin dejar de considerar su superación, pero sin dejarse afectar por el carácter ominoso, de peso muerto, que esos problemas tienen en la gestión de la ciudad y sobre todo en la mentalidad de las gentes? Caracas necesita ser gestionada como una capital. Necesita alcaldes capaces de comprender esta función y a la vez un jefe de estado dispuesto a apoyar sin reservas las grandes acciones que le son indispensables a una ciudad a la que se le ha negado todo durante más de dos décadas en nombre de una supuesta multipolaridad del desarrollo económico que soslaya las exigencias de una ciudad moderna. Es indispensable acabar con la vergüenza de las *bellas durmientes* de la democracia esparcidas por toda la ciudad: terminar el Palacio de Justicia, reformular y realizar la Avenida Bolívar, mal llamada Parque Vargas en un rapto de demagogia. Hacer el Parque del Oeste emulando la calidad y la ambición del Parque del Este y no como lo que ha sido hasta hoy: un proceso disminuido y de una calidad menos que mediocre. Mejorar el Parque Caricuao. Hacer los parques del Sureste. Cerrar de una vez por todas La Carlota y convocar al estudio sobre su verdadera vocación urbana; cierre decidido ya en 1956 y desde entonces postergado a base de manipulaciones. Dar sedes dignas a los Ministerios aprovechando con ello la iniciación o a la consolidación de procesos de mejoramiento urbano; construir bibliotecas asociadas a centros culturales insertados en las zonas residenciales; apoyar desde el Gobierno Central los planes de proyectos urbanos de las Alcaldías. Construir terminales de transporte; asumir con decisión el problema de la integración con Los Teques y abrir un debate serio y amplio sobre los desequilibrios del desarrollo de esa zona. Impulsar la construcción de arquitectura institucional acompañada de los espacios cívicos de los que carecen Ciudad Losada (El Tuy) y Ciudad Fajardo (Guarenas-Guatire).

La tarea es gigantesca pero no puede dudarse de su prioridad. En algún punto tendrá que comenzarse, lo que es inaceptable es la parálisis y el estancamiento actual y sobre todo la falta de propósitos.

IV

¿Y qué hemos logrado en el caso de la otra oposición, la de la ciudad formal-ciudad marginal? ¿En qué medida ha habido respuestas?

No cabe duda que muchas cosas pueden decirse de lo que se hizo en los tiempos de Pérez Jiménez. Las exitosas “Unidades Residenciales” del Paraíso (Villanueva y Celis Cepero) y El Valle (Guido Bermúdez) además de las Urbanizaciones en los Jardines del Valle, Sarría, Cotiza y las más recientes (no todas negativas por cierto) del 23 de Enero y Cerro Piloto. Pero, desde nuestra perspectiva de hoy esas formas de actuación son producto de una manera de ver el problema distinto de la que tenemos hoy. La experiencia reunida por personas que ya desde los fines de los años 60 trabajan para comprender mejor la dinámica de la urbanización espontánea en Caracas nos han ayudado a formarnos otros puntos de vista. Me refiero, por ejemplo, a Teolinda Bolívar y su equipo de la Oficina de Equipamiento de Barrios de los tiempos del primer gobierno de Caldera; también a arquitectos como José Matamoros, Ana Díaz, Jesús Tenreiro, Fruto Vivas, Federico Villanueva, Leandro Quintana, Cesar Martín, Josefina Baldó y muchos que seguramente estoy dejando fuera. Gentes de las ciencias Sociales cuyos nombres conozco mucho menos pero entre los cuales quisiera destacar a un pensador de nuestra realidad como José Luis Vethencourt. A partir del trabajo de estos pioneros fue madurando un punto de vista que se diferencia del de los años 50 por todas las razones que ya hemos discutido. Y que me atrevo a resumir en los puntos que siguen, buscando, hacia el fin de esta ya larga conversación con ustedes, alguna precisión que ayude a orientar las inquietudes. Puntos, que dicho sea de paso, no garantizo que compartan todas las personas que he nombrado.

Estas son:

1. Ya los barrios son ciudad, y no ciudad en deterioro sino en avance; y deben ser equipados con todos los beneficios que ello acarrea.
2. En ellos hay espacio todavía para el aporte y la invención, expresada en la posibilidad cierta de *hacer* por parte de cada quien, sin la interferencia de otras normas que no sean las de una auto-regulación (no siempre exitosa pero si real y dinámica).
3. Este espacio para la iniciativa individual es la razón que explica el mejoramiento permanente del barrio, en esa iniciativa es donde puede apoyarse el indispensable proceso de mejoramiento de la vivienda y de las redes de servicios.
4. El hecho de que el barrio caraqueño haya sido producto de una lucha con la topografía y con la escasez de espacio, ha alentado unas formas de crecimiento que tienen un valor propio, superior a muchas de las formas de urbanización inspiradas sobre todo por el rendimiento económico y las técnicas de la construcción empresarial.
5. Los barrios ofrecen posibilidades de autogestión en términos normativos y disciplina social, que no tienen precedentes en la *ciudad formal* y que podrían constituir nuestro aporte más original a la cultura urbana. En ellos se da una trabazón social, unos modos de convivencia poco comunes en la tradición urbana occidental moderna.

Y cabría preguntarse sobre lo negativo. A lo cual respondo que lo negativo de la ciudad informal es lo que todos conocemos de ella. Sí, la falta de servicios, la insalubridad, la precariedad de la vivienda, la delincuencia, *el rancho* como refugio de la maldad y la violencia. Todo lo obvio, lo que nos trasmite el sentido común y las tragedias que vemos diariamente en los medios de comunicación. Por eso me limito a destacar lo positivo. Que no todos los sabemos, ni siquiera lo imaginamos, lo cual es mucho más grave.

Pero queremos orientar la conclusión de estas reflexiones hacia la necesidad de juntar lo obvio con lo menos obvio. Sólo así podremos dar una respuesta en términos de verdadera experiencia. Por un lado, sabemos que hay, obligatoriamente

que construir redes de servicios (vialidad, agua, luz, teléfonos, drenajes y cloacas). Sabemos también que se impone el mejoramiento de la vivienda por distintas vías (asistencia técnica, auto-construcción, créditos, etc.). Este proceso, que ya ha sido cuantificado en Caracas por el equipo de Josefina Baldó y Federico Villanueva, trabajando para Mindur (cerca de 300.000 millones de bolívares a precios actuales es la inversión estimada en Caracas), es lo que pudiéramos llamar el inicio de una acción, que puede por si sola generar interesantísimas posibilidades de experiencia a través de la autogestión, tal como ya ha ocurrido en diversas zonas de Caracas donde se han producido distintas intervenciones de este tipo.

Pero hay otro que encierra las verdaderas posibilidades de dar un salto cualitativo que obligue a la invención en términos del espacio urbano y sobre todo -en eso nos gustaría insistir- en términos de arquitectura de la ciudad, porque se separa de lo estrictamente técnico o utilitario (redes, vivienda individual) y pasa a convertirse en patrimonio colectivo, en escenario de encuentro. Nos referimos a la recuperación del espacio público y a la provisión de sedes institucionales.

Es allí donde se superará el riesgo de estabilizar el barrio como ghetto. Es allí donde se tendrá que producir la síntesis de los contrarios, donde se apuntará hacia un producto cultural nuevo. A condición de que las sedes institucionales y los espacios públicos se construyan como avanzadas estables de la *ciudad formal* en el corazón del barrio, dándoles las mejores condiciones de durabilidad, calidad y confort; y conservando las mismas aspiraciones de convertirse en parte del patrimonio cultural edificado de toda la ciudad.

Es este un discurso que en la Caracas abandonada por el populismo parece destinado al más absoluto fracaso. Porque si no ha habido hasta ahora comprensión desde ninguno de los sectores que participan en los altos niveles de la discusión y de la formación de opinión en Caracas, sobre la necesidad de cambiar los patrones de acción sobre la *ciudad formal*, y se sigue actuando en nuestra orgullosa capital con criterios de caserío; si en lugar de avanzar la civilización urbana hacia la ciudad informal hemos dejado que sea ésta la que fije los standards que del lado formal se aplican (con la única excepción del Metro de Caracas que se acepta a todo costo -

aunque con algo de mezquindad hacia la ciudad- porque es un paquete tecnológico) ¿cómo esperar que se apliquen criterios como el descrito a nuestras áreas marginales?

Y hay que responder diciendo que no hay otra alternativa. Que tendrá que surgir una tesis política que basada en una toma de conciencia real de lo que son los problemas culturales de nuestra sociedad, dé el paso hacia el establecimiento de nuevas prioridades. Y esta es una de ellas.

En estos días comentaba a mis estudiantes de la UCV que la reunificación de Alemania había borrado del panorama el chantaje del comunismo como un elemento perturbador en el análisis de los cuellos de botella del desarrollo latinoamericano.

Hoy soy de los que se siente alborozado de que haya desaparecido otro elemento perturbador: la ideologización del neoliberalismo económico. El derrumbe de la economía mexicana y el de la venezolana de Pérez demuestran, por caminos distintos, que no hay viabilidad para reformas económicas que no descansen en la legitimidad política, que puedan prosperar al abrigo de la corrupción y el engaño. Y la legitimidad política está obligada a surgir de respuestas, en términos políticos, para la superación de los verdaderos obstáculos hacia un desarrollo económico y social, que no están sólo en las estructuras financieras sino en impedimentos culturales y sociales como los que hemos examinado hoy aquí. Con esto quiero decir que habrá de iniciarse, no hay otra alternativa, una discusión sobre nuestro desarrollo económico que coloque en su justa posición a la búsqueda de solidaridad característica de la sociedad venezolana, dirigida hacia el inicio de un ambicioso proceso de *construcción de un ámbito urbano propicio al encuentro y la convivencia sociales*. Un proceso que puede muy bien generar, como lo hizo la reconstrucción europea y japonesa de la posguerra, mecanismos económicos capaces de impulsar nuevos recursos productivos. No podemos renunciar a esta utopía. Que es además, debemos insistir en eso, una utopía que queremos radicalmente democrática.

Y de allí, de esta toma de posición deberán nacer nuevos conceptos de acción sobre la totalidad de la ciudad. La preocupación por la cultura que caracteriza a instituciones como la que nos alberga hoy, este Ateneo de Caracas, tendría que

comenzar por contribuir abriendo los ojos al estamento político sobre la necesidad de ir hacia la ciudad con criterios creadores de nuevas experiencias. Si hablamos con sinceridad de la cultura, está en manos de los intelectuales venezolanos la tarea de despertar a las dirigencias de un letargo que les impide reconocer donde están las verdaderas fuentes. Nosotros los arquitectos, como bien dijo Villanueva, somos parte de ese mundo intelectual y nos toca señalar hacia lo que creemos saber. Y por eso hemos venido a decir hoy aquí que hay que construir la ciudad. En todos los sentidos que esa frase sugiere y hemos examinado hoy parcialmente. Trabajar conscientemente propiciando la síntesis entre las grandes oposiciones que tienen lugar en Caracas, la síntesis de opuestos que he mencionado será el más significativo logro cultural de nuestra *ciudad mestiza*.
Muchas gracias.

Conferencia pronunciada en Caracas el 5 de Abril de 1995 en la Sede del Ateneo de Caracas en Los Caobos.